

Cromacio de Aquileya

## **TRATADOS**

## TRATADO 43

### LOS DOS ENDEMONIADOS

1. Continúa el Evangelio: *Y cuando llegó al otro lado del mar a la región de los gerasenos, acudieron a Él dos endemoniados [que salían de los sepulcros, y tan furiosos que nadie era capaz de pasar por aquel camino. Y se pusieron a gritar: «¿Qué hay entre nosotros y tú, Hijo de Dios? ¿Has venido antes de tiempo a torturarnos?»]. Había allí a cierta distancia una gran piara de puercos paciendo. Y le suplicaban los demonios: «Si nos echas, mándanos] a la piara de cerdos»*<sup>1</sup>, y cuanto sigue. Tras haber calmado la tempestad y haber devuelto la tranquilidad al mar<sup>2</sup>, el Señor llegó a la región de los gerasenos para liberar a unos hombres de los demonios. Este orden que siguen los milagros del Señor es ciertamente oportuno: que, tras increpar a los vientos, sean expulsados los espíritus inmundos. Allí los vientos, increpados, reconocen al Creador y al Señor de un poder tan grande; aquí los demonios, aterrorizados, confiesan a gritos al Hijo de Dios, diciendo: *¿Qué hay entre nosotros y tú, Hijo de Dios? ¿Has venido antes de tiempo a torturarnos?*<sup>3</sup>. Así pues, la virtud de su poder divino arrancó a los demo-

nios el grito de una confesión verdadera. Pues, obligados por el castigo, confiesan el día del juicio divino y a Cristo, nuestro Señor e Hijo de Dios, como juez.

Mas cabe preguntarse, pues con anterioridad el príncipe de los demonios se acercó a tentar al Señor como si no supiera nada diciendo: *Si eres Hijo de Dios*<sup>4</sup>, cómo es que ahora nos encontramos ante una confesión tan clara acerca del Hijo de Dios. No dicen, efectivamente, como antes había dicho aquel: *Si eres Hijo de Dios*. Por el contrario, ¿qué es lo que dicen?, más aún ¿qué es lo que proclaman? ¿*Qué hay entre nosotros y tú, Hijo de Dios?* ¿*Has venido antes de tiempo a torturarnos?* Porque no habían visto en vano a su príncipe derrotado en la tentación del Señor; habían contemplado además los diversos signos de poder divino realizados por el Señor y, avisados por estos, no podían ignorar ya que éste era el Hijo de Dios. Y así con razón proclaman: ¿*Qué hay entre nosotros y tú, Hijo de Dios?* ¿*Has venido antes de tiempo a torturarnos?*

2. Al hablar de ser torturados antes de tiempo, confiesan claramente el juicio que les espera y que éste es el juez por quien saben que han de ser condenados a la eterna pena de la *gehenna*. Y si se da por parte de los demonios esta confesión tan manifiesta acerca del Hijo de Dios, ¿de qué categoría será la impiedad de los judíos, y de qué magnitud la locura de los herejes al querer negar al Hijo de Dios, a quien los demonios no pueden negar? Todos los que niegan el nombre de Dios, ¿acaso no serán condenados justamente en el juicio futuro no ya por voz de profetas o evangelistas sino por la confesión misma de los demonios? Negando, en efecto, al Hijo de Dios no merecerán ninguna disculpa por ignorancia, ya que no lo negaron ni los mismos causantes de la negación. Y es justo ciertamente que

los autores de tan gran impiedad sean acusados, no ya por los divinos prodigios, sino por boca de los demonios, cuando dicen: *¿Qué hay entre nosotros y tú, Hijo de Dios? ¿Has venido antes de tiempo a torturarnos?*

3. Este castigo de los demonios, con el que dicen que son torturados antes del día del juicio, lo había anunciado David en un salmo cuando dice: *Inclina, Señor, el cielo y desciende, toca los montes y echarán humo*<sup>5</sup>, refiriéndose a estos mismos «montes», es decir, a los demonios que, debido a la inmensidad de su malicia y a la enormidad de sus pecados, son frecuentemente llamados «montes». Se declara que esta clase de montes no arden, sino que echan humo, indicando con ello con qué gran ardor del fuego eterno habían de ser abrasados primero, a causa de la venida del Señor en humildad<sup>6</sup>. Pues sabemos que el Señor inclinó el cielo y descendió cuando, a causa de la salvación humana, bajó del cielo y tomó un cuerpo de la santa virgen. Pero lo que hay que considerar es por qué dice: *Inclina el cielo y desciende*. No dice simplemente: «Desciende del cielo», sino: *Inclina el cielo y desciende*, para mostrar claramente la grandeza de la divinidad de aquel que, aunque había bajado del cielo como Señor para tomar sobre sí la carne marcada por la debilidad humana, sin embargo permanecía dentro del cielo incluso cuando descendió. En efecto, no estaba ausente del cielo aun permaneciendo en la tierra, según lo que el mismo Señor dice en el Evangelio: *Ninguno ha subido al cielo sino aquel que ha bajado del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo*<sup>7</sup>.

4. Esto es lo que se ha de entender en primer lugar, conforme al sentido literal. Según la lectura alegórica, esos dos endemoniados que en tierra de los gerasenos, esto es, en tie-

rra de gentiles, salen al encuentro del Señor, son figura de dos pueblos: o bien de los descendientes de Cam y Jafet<sup>8</sup>, dos hijos de Noé, (ya que el origen del pueblo judío se remonta a Sem, hijo primogénito de Noé), o bien de los judíos y de todos los gentiles que se encontraban aprisionados por el diablo en el error de la idolatría, cargados de las cadenas de sus culpas y de los grilletes de sus pecados y que no habitaban dentro de la ciudad (es decir, el género de vida según la ley y los mandatos divinos), sino entre los monumentos sepulcrales, (es decir, el culto idolátrico), dando culto a las tumbas de los reyes o a las estatuas de hombres muertos. Así pues, para salvar a estos, descendió desde Judea a la región de los gerasenos, esto es: asumiendo un cuerpo de María virgen quiso llevar la luz a la tierra de los gerasenos, este mundo, para liberar a estos endemoniados, los pueblos, de las cadenas de la cautividad diabólica; se trata de aquel de quien David había dado testimonio en el salmo cuando dijo: *El Señor observó desde el cielo, para oír el lamento de los que están encadenados y liberar a los hijos de los asesinados*<sup>9</sup>.

Pero, antes de liberar a estos endemoniados, el Señor atraviesa el mar, como hemos recordado más arriba, soporta la tempestad, experimenta el sueño y los discípulos son puestos a prueba. En esto se manifiesta que no se podía alcanzar la salvación para estos dos pueblos de ninguna otra manera sino atravesando antes el Señor el mar de este mundo, sufriendo la tempestad de la persecución judía, experimentando el sueño de la muerte y todo esto mientras se ponía a prueba a los discípulos, pues durante el sueño de la pasión del Señor tuvieron un miedo tan tremendo que incluso san Pedro, el primero de los apóstoles, se vio forzado a negar por tres veces al Señor<sup>10</sup>.

5. Por otra parte, los cerdos a los que huyen los demonios<sup>11</sup> son figura de los hombres infieles e impuros que, viviendo junto al mar, esto es: viviendo según los pecados del mundo, se presentan como una digna morada para los demonios. De este modo los ahogan los demonios, al retenerlos en el mar de este mundo, es decir en la profundidad del error, gracias a las diversas seducciones pecaminosas. En los porqueros que, tras la visión de este signo del poder divino, huyeron a la ciudad para contar lo que había sucedido, de tal manera que rogaron al Señor que se alejase de su territorio<sup>12</sup>, se muestra la figura de los príncipes de los judíos o la de los sacerdotes de los ídolos. Éstos, suministrando a los hombres inmundos e infieles los pastos de su error e infidelidad, los alimentan como a los cerdos, con vistas a la muerte eterna. Aunque vieron que los hombres creyentes, abandonando la incredulidad de la Sinagoga o la superstición idolátrica se convertían al Hijo de Dios, no sólo no quisieron creer a los signos divinos; sino que además, excitados por el celo de su malicia, rechazaron lejos de sí, los desventurados, la salvación que venía a ellos en la humildad del Señor. En ellos vemos realizado lo que dice el salmo: *¿Acaso se conocerán tus maravillas en las tinieblas o tu justicia en la tierra olvidada?*<sup>13</sup>. Tierra olvidada, ciertamente, la que, aun después de las señales divinas, no quiso en modo alguno acoger al autor de la salvación, sino que le obligó incluso a salir de su territorio.

6. Por otra parte, como la interpretación espiritual es múltiple, se puede entender de otra manera, de modo que en estos dos veamos dos pueblos, como antes hemos señalado, que han sido liberados de la atadura de los demonios por la fe y la gracia de Cristo. En los cerdos percibamos a

los herejes, a quienes se sabe que pasaron [los demonios] una vez expulsados de los pueblos de los creyentes. En los porqueros, a los autores de las herejías y a los doctores de la perfidia que ofrecen a estos mismos herejes, como a cerdos, los viles e inmundos pastos de una doctrina completamente depravada, apacentándolos no para la vida sino para la muerte. Éstos no son alimentados por sus doctores con el pan celeste ni con el alimento de la vida que salva, sino con la vil e inmundada doctrina de la incredulidad. Como aquel hijo pródigo que había malgastado con prostitutas la parte de hacienda recibida de su padre viviendo lujuriosamente, y después no deseaba ya alimentarse de pan, sino llenarse el vientre con las algarrobas de los cerdos; no el alma, sino el vientre, porque con el alimento de la perfidia no se dan fuerzas al alma con vistas a la salvación, sino que se nutre al cuerpo para el castigo.

7. En aquella ciudad de la que salieron al encuentro del Señor para rogarle que se marchara de su territorio se muestra la figura de la Sinagoga, que ni siquiera tras haber contemplado los poderes divinos quiso acoger al Señor y Salvador del género humano<sup>14</sup>. Por eso, Él regresó a su ciudad<sup>15</sup>, porque, rechazado por la Sinagoga, vino a su Iglesia, que es denominada «ciudad» en sentido propio por Cristo. En aquella ocasión, es cierto, los gerasenos le pidieron al Señor que abandonara su territorio. Pero, prestemos atención, no vaya a ser que también entre nosotros se halle alguien tal, que por la infidelidad de la mente, fuerce al Señor y Salvador del mundo a salir del territorio de sus almas, pues *el Espíritu Santo*, como está escrito, *huye de la enseñanza falsa y no habita en el cuerpo sujeto al pecado*<sup>16</sup>.

8. Pero como san Mateo y san Marcos refieren que había dos endemoniados en esta región de los gerasenos<sup>17</sup>, hay que preguntarse por qué el santísimo Lucas solamente hizo mención de uno, del cual además señala que no llevaba vestido ni estaba ceñido de cadenas y cepos<sup>18</sup>. *Rotas, dice, las cadenas, era arrastrado por el demonio a lugares desiertos*<sup>19</sup>. Mateo y Marcos hacen referencia a dos porque en estos dos endemoniados se muestra la figura de uno y otro pueblo creyente. Lucas, por su parte, vemos que hace referencia a uno solo porque el mismo Lucas, que escribe refiriéndose a la ley, muestra la figura de un único pueblo, a saber, la del que vivía bajo la ley y que, rotas las cadenas de la ley y los grilletes de la doctrina, de los que Salomón dice: *La doctrina son grilletes en los pies de los necios y como cadenas en su mano derecha*<sup>20</sup>, era arrastrado por los demonios al desierto del error. Así pues, estos dos endemoniados de los que habla Mateo fueron liberados al mismo tiempo por la gracia del Señor, puesto que los que creen en Cristo de uno y de otro pueblo han sido salvados y se salvan cada día.